

## LA REESTRUCTURACION DE LA UNIVERSIDAD(\*)

Con emoción profunda hago entrega al señor Rector electo, doctor Josué Gollán, de la dirección de esta Alta Casa de estudios, la cual queda así, desde ahora, en manos de sus legítimas autoridades, elegidas e integradas, —por primera vez en su historia— por los tres cuerpos que la constituyen: profesores, estudiantes y egresados.

Termina, con este acto, nuestra tarea de reestructuración universitaria la que nos encomendara el Gobierno de la Revolución, en octubre de 1955, hace hoy justamente dos años.

No creo oportuno hacer aquí un análisis completo de nuestra labor. Ella será juzgada con mayor ecuanimidad así que transcurra el tiempo necesario para que las pasiones se calmen y los espíritus se serenen. Sólo quiero recordar hoy que en estos dos largos años transcurridos, tuvimos que afrontar la tremenda responsabilidad de juzgar hombres y decidir situaciones en un ambiente turbulento, en el que, más que nunca, se agitaban pasiones y anhelos contrapuestos, angustias y esperanzas, reprimidos por una década de forzado silencio y liberados ahora, bruscamente, por el soplo renovador de la Revolución Libertadora.

---

(\*) Discurso pronunciado el 3 de octubre de 1957, en oportunidad de asumir el gobierno de la Universidad el Rector electo en los comicios efectuados el 30 de setiembre último.

Porque conviene aclarar aquí que, contrariamente a lo ocurrido en 1946, cuando fueron separados por un simple y vejatorio decreto centenares de docentes en los claustros universitarios, sin sumario, sin juicio previo, sin explicaciones ni derecho a defensa, esta vez la reestructuración se efectuó en un clima de amplia libertad, en donde las impugnaciones tuvieron que ser fundadas y probadas, otorgándoseles a los afectados el derecho a descargo y hasta la apelación ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Seguramente que hemos cometido errores, pero quiero recordar, sin ánimo de atenuarlos ni eludir responsabilidades, que nos tocó actuar en los momentos más difíciles y borrascosos de toda la historia de la Universidad Argentina.

Pero todo esto es ya pasado, y hemos prometido silenciarlo porque no nos toca a nosotros juzgar nuestra obra.

Prefiero, en cambio, expresar nuestro concepto de lo que debe ser la Universidad, lo que anhelamos para ella, lo que hubiéramos realizado si nuestra faena se hubiese desarrollado en ambiente y tiempos normales.

La Universidad debe cumplir ineludiblemente una triple función: preparar profesionales capacitados con formación integral, ampliar el conocimiento científico mediante la investigación permanente y servir a la comunidad en donde actúa auscultando sus inquietudes y brindándole sus enseñanzas. En suma, labor docente, investigación científica y extensión cultural, he aquí el quehacer específico de la Universidad. Si traiciona este compromiso perderá jerarquía y perecerá por inanición porque ésta es tarea urgente, primordial e ineludible.

Para que la Universidad pueda lograr estos objetivos se requieren ciertas condiciones: en primer lugar debe contar con un cuerpo docente de alta jerarquía moral y científica, animado de auténtica vocación y que pueda consagrar todo, o gran parte de su tiempo, a las tareas docentes o de investigación.

En segundo lugar debe gozar de autonomía política y

económica que le posibilite desarrollar su labor con plena responsabilidad y sin ingerencias extrañas.

En tercer lugar debe disponer de recursos económicos en cantidad suficiente para que su labor pueda desenvolverse sin estrecheces y sin pausas.

Por último, es condición esencial que la Universidad se inspire en una sana orientación democrática, despojada de todo sectarismo confesional, ideológico o político.

De todas estas exigencias, imprescindibles para el normal desarrollo de la tarea universitaria, la más difícil de satisfacer de inmediato es la que concierne al cuerpo docente. El déficit de técnicos es universal y permanente. El portentoso desarrollo logrado por la civilización contemporánea, en todos los terrenos, hace que la demanda supere constantemente a la oferta. Agrava el problema, en todo lo que respecta a la Universidad, el hecho de que ésta exige mucho y retribuye mal a sus servidores. El técnico que ingresa a la docencia universitaria, además de conocer la disciplina que ejerce debe ser un hombre culto y de una moral intachable. Como "compensación" a estas severas exigencias, la Universidad le paga dos o tres veces menos que las instituciones privadas y no le ofrece garantía alguna de estabilidad. Si a esto agregamos que a veces ni siquiera le brinda los elementos materiales indispensables para cumplir su misión (equipos, instrumental, etc.) se explica el por qué de este déficit en el elenco docente. Esto significa que hasta el presente, se elija la carrera universitaria por vocación y por el honor que ella representa, y no por conveniencia material.

Se calcula que en la reciente reestructuración de la Universidad argentina se han concursado alrededor de 4000 cátedras, incluidas las escuelas anexas. Si se tienen en cuenta los factores negativos que acabamos de señalar, se comprenderá por qué no se ha podido resolver aún el viejo problema de los profesores viajeros, por qué se han debido confiar interinamente cátedras a valores jóvenes que aún no han

llegado a la madurez y por qué muchas han sido declaradas desiertas.

Hemos señalado en otra oportunidad que nuestras universidades están constituidas por un conglomerado de Facultades, Escuelas e Institutos, que cultivan diversas disciplinas sin mantener ninguna conexión entre sí. Constituyen “departamentos estancos” aislados los unos de los otros. Los profesores y el alumnado participan de este aislamiento desarrollando sus tareas en cada Facultad, con desconocimiento y por lo tanto con desinterés de lo que ocurre en las otras. Esta situación, aparte de absurda, implica una negación de lo que debe ser la Universidad y el universitario.

Es indispensable el intercambio estrecho, la convivencia íntima, entre los integrantes de las distintas escuelas de cada Universidad, por múltiples razones que resultaría obvio puntualizar. El instrumento eficaz para lograr este desideratum es la Ciudad Universitaria. El acercamiento físico de los distintos cuerpos que constituyen la Universidad, con dependencias comunes —biblioteca, comedores, residencias de estudiantes y profesores, etc.— supone ya de por sí un acercamiento espiritual, pues esta convivencia implica un intercambio vivo y permanente de inquietudes, de ideas y de proyectos, que interesan por igual a los integrantes de la familia universitaria.

La reestructuración funcional debe transformar los departamentos estancos que constituyen las distintas Facultades de la Universidad actual, en institutos o departamentos abiertos en los que se estudien materias comunes a las diversas escuelas.

La primera ventaja de este sistema es que al reunir en un centro de trabajo recursos dispersos, permite dotarlo y equiparlo mejor, con lo cual aumenta su eficiencia y su jerarquía científica. Este mayor rendimiento, a su vez, abre la posibilidad de ofrecer su colaboración a instituciones extrauniversitarias, con lo cual cumple una función social en la comunidad al mismo tiempo que proporciona una experiencia de gran utilidad a su personal técnico, profesores y alumnos.

La segunda ventaja de esta organización de la enseñanza universitaria por el sistema de departamentos, es que permite el estudio de las Ciencias y de las Artes a quienes no interesa seguir una carrera y obtener un título, sino simplemente acrecentar su cultura general.

Hemos aludido ya al papel orientador que la Universidad debe tener en la sociedad a la cual pertenece y de la cual se nutre. Esta función social debe extenderse más aún, al seno mismo del pueblo, para poner a su alcance muchos de los beneficios de la cultura y para que, al mismo tiempo, todos los sectores de la comunidad participen, junto con universitarios en una obra de educación y mejoramiento del nivel de vida.

Hoy se entiende que toda Universidad debe mezclarse a la gran corriente de la vida, para orientarla con su ciencia y para recoger toda nueva inquietud. Estas consideraciones nos movieron a la creación de un Departamento de Extensión Universitaria con la nueva fisonomía que exigen los tiempos, ampliando así el ya existente en el Instituto Social.

Hemos señalado como condición primordial para la vida de la Universidad, su autarquía financiera y su desahogo económico.

El gobierno federal debe asignarle el producido de un gravamen que satisfaga las exigencias económicas básicas. Pero además, si la Universidad cumple fielmente su misión, cooperando con las autoridades provinciales y municipales en la solución de múltiples problemas, es justo que ellas también le brinden su apoyo económico. Nos es grato destacar aquí toda la buena voluntad demostrada hacia nuestra Universidad por las autoridades de la Provincia y de la ciudad para colaborar en este terreno.

Tampoco pueden ser ajenos a este plan de autarquía y desahogo financiero que se propugna, los centros industriales, el comercio y las fuerzas del agro.

Por último, la cooperación económica de los ex-alumnos de la Universidad, es muy valiosa, y puede rendir positivos beneficios si se organiza adecuadamente. La vinculación afec-

tiva del egresado con su Facultad, su reconocimiento de todo lo bueno que ésta le brindó a su paso por las aulas, debe ser generosamente concretado en un aporte material, cuyo monto razonable debe fijarse directamente por las asociaciones profesionales o Colegios.

La Reforma del 18, al introducir modificaciones sustanciales en la estructura de la arcaica universidad colonial, marca una etapa en la vida universitaria de nuestro país y de América.

Esta nueva orientación de la enseñanza superior, que propugnan los postulados reformistas, implica un positivo progreso, puesto que persigue objetivos de hondo sentido social y franca orientación democrática. Baste recordar que sustentan la participación estudiantil en el gobierno universitario, la periodicidad de la cátedra, la docencia libre y los cursos paralelos, la extensión universitaria y muchas otras ventajas que si bien hoy nos parecen muy naturales, cuarenta años atrás eran casi una utopía.

Hemos de reconocer, sin embargo, que si bien el ideario reformista contiene en su perspectiva de conjunto, principios de rigurosa actualidad y permanente vigencia, sobre todo en su aspecto social, no es menos cierto que en otros aspectos debe renovarse para estar a la altura de los tiempos, porque la transformación del mundo en los últimos decenios, ha sido tan portentosa y tan radical, que la experiencia recogida no puede ignorarse.

Que en el gobierno de la Universidad participen los tres sectores que la integran, es una cosa tan lógica y tan natural, que hasta causa asombro que siempre no haya sido así. La verdad es, sin embargo, que ha sido menester una revolución para que este hecho natural se concretara en una realidad.

La proporción en que deben participar cada uno de estos tres sectores, es asunto cuya importancia depende del ambiente universitario en que se lo considere. Creo firmemente que en nuestra Universidad del Litoral, este problema es más simple que en las otras, y será fácilmente superado, porque aquí cualquiera fuera la proporción que se implantare, las cosas mar-

charán bien. La cooperación fructífera en el gobierno de la Casa entre profesores y estudiantes es ya una tradición en el Litoral. La experiencia recogida a través de muchos años ha causado un resultado netamente favorable.

En cuanto a la intervención de este tercer factor —los egresados— en la función directiva, ya tampoco es novedad para nosotros, puesto que desde el primer día que nos hicimos cargo de la intervención, implantamos el gobierno tripartito, anticipándonos con mucho a las otras universidades. Y así fué cómo en las Facultades y en el Consejo Universitario, actuaron activamente las Juntas Asesoras tripartitas igualitarias, integradas por profesores, estudiantes y egresados, durante estos dos años de agitado gobernar. ¿Y cuál ha sido el resultado de esta interesante experiencia? También puedo afirmar categóricamente que es favorable.

Se abordaron, estudiaron y discutieron, en este período álgido, los problemas más áridos de la vida universitaria, y siempre se encontró una solución aceptable. Se trabajó con un amplio y generoso espíritu de cooperación, evidenciando los tres sectores, tolerancia, comprensión, y un afán de seguir adelante, como que se operó el milagro de que las autoridades que iniciaron la tarea en octubre de 1955 sean las mismas que la terminan hoy. Y como ejemplo de este espíritu de comprensión en cuanto se refiere a estudiantes y graduados, mencionaré el hecho de que, a pesar de que los decretos-leyes vigentes, no satisfacen muchas de sus legítimas aspiraciones, contribuyeron no obstante a la normalización universitaria, integrando los Consejos, dejando expresamente salvados sus principios. En estos tiempos de abstenciones y renunciaciones estridentes, este gesto de cordura —sin el cual la Universidad seguiría intervenida— es digno de ser destacado.

Permítaseme entonces que exprese públicamente mi profundo y emocionado reconocimiento, así como a mis colaboradores inmediatos, a los señores Decanos Interventores, al cuerpo de profesores, a los estudiantes y a los egresados, por la magnífica colaboración prestada en la tarea de reestructuración.

También deseo destacar y agradecer aquí, el valioso aporte que recibimos en todo momento de prestigiosas instituciones íntimamente vinculadas a la vida universitaria tales como AUDAL, los centros de graduados, las asociaciones estudiantiles y las entidades profesionales. Inspiradas en un alto sentido de ética universitaria, nos fustigaron en nuestros errores y nos apoyaron en nuestros aciertos, ayudándonos así, sincera y honestamente, a cumplir nuestra misión.

El gobierno de la revolución ha debido afrontar angustiosos planteos en el campo social, económico y político. Es explicable entonces, que no haya enfocado a veces el problema universitario con todo el acierto que hubiésemos deseado. Pero no se puede negar ni su preocupación, ni su respeto, ni sus inquietudes por todo lo atinente a la Universidad.

Ha dado pasos concretos y decisivos en pro de su autonomía y una prueba de ello es que estamos congregados hoy aquí para entregar la dirección de esta Casa a un gobierno tripartito, elegido e integrado libremente por profesores, estudiantes y egresados. Tampoco podemos olvidar que por primera vez en la Universidad Argentina, se han elegido profesores, bajo este gobierno de la revolución, sin necesidad de enviar una terna al Poder Ejecutivo.

De la labor cumplida por mis compañeros de tareas y colaboradores inmediatos, los Decanos Interventores y Sub-Delegados, sólo puedo decir que para mí fué valiosísima y también para la Universidad.

Convencidos de que éramos hombres destinados al sacrificio, trabajamos en un clima de permanente tensión, muchas veces apremiados por circunstancias imprevistas y con frecuencia agobiados por pesadas responsabilidades. Discutimos a menudo y hasta con apasionamiento, problemas que juzgábamos decisivos, pero por fortuna prevaleció el espíritu de concordia, lo que nos permitió alcanzar el objetivo propuesto: la normalización de la Universidad.

Si el balance de nuestra labor arroja algún saldo positivo, ello se debe al exclusivo mérito de estos hombres que me brin-

daron generosamente todo su apoyo y sabiduría sin vacilaciones ni reticencias.

Cuando llegamos a la Universidad, desconocíamos el complejo mecanismo administrativo de modo que nos confiamos plenamente a la lealtad y probidad de sus funcionarios. Puedo afirmar con íntima satisfacción que no defraudaron nuestra confianza. La inteligencia, capacidad, dedicación y espíritu de sacrificio de estos funcionarios en particular, del Secretario General Dr. Serricchio y del Pro Secretario, Cont. Menichini, me permitieron resolver difíciles problemas orientándome siempre por el buen camino.

Inapreciable ha resultado también para mí la colaboración eficiente y desinteresada del Secretario del Rectorado Dr. Ricardo Cusanelli, brillante dirigente estudiantil en su hora y conocedor como pocos del ambiente universitario. Y deseo agradecer finalmente a todos los modestos servidores de esta Alta Casa de estudios, con quienes hicimos un pacto de prescindencia política, que ellos han cumplido lealmente y creo que yo también.

Hemos vivido en estos dos años una experiencia inolvidable y si bien teníamos plena conciencia de la abrumadora responsabilidad que habríamos de afrontar y un cabal conocimiento de las dificultades que nos aguardaban, confesamos que la realidad superó muchas veces a nuestra imaginación.

Desearía, para bien de la Universidad, transmitirlos a vosotros que vais a gobernarla en días más serenos, todo lo fructífero que hemos recogido de esta dura experiencia y también señalaros todos los errores en que hemos incurrido, para que no se repitan. Pero quizás resulte impertinente el ofrecimiento, porque por fortuna para esta querida Universidad del Litoral, asume hoy su gobierno un equipo dirigente que reúne todas las condiciones para conducirla a sus altos destinos. Por lo que respecta a su Rector, el Dr. Gollan —para nosotros el Rector por antonomasia— sabemos que es el hombre fogueado en la resistencia, que luchó contra el fraude y la dictadura, que conoció persecución y cárcel, pese a lo cual no se doblegó, man-

teniendo incólumes su espíritu de lucha y su rebeldía. Retoma hoy el gobierno de esta Casa con toda la autoridad que le confieren sus lípidos antecedentes de ciudadano digno y universitario ejemplar. Contará para el buen éxito de su gestión con el apoyo de los sectores que integran la gran familia universitaria y con la colaboración modesta pero decidida de los que hasta ayer dirigimos esta Casa. Quiera DIOS iluminar su gestión para beneficio de nuestra Universidad y para el bien de la PATRIA.

JOSE MARIA FERNANDEZ